

Amor sagrado, Luz sagrada

Cómo convergen la Chica y el Grial

En metahistory.org

En sus orígenes históricos y sus dimensiones literarias, la leyenda artúrica es un reflejo de la supervivencia del conocimiento y la práctica de los Misterios, aunque no de los Misterios mismos. Los Misterios fueron instituciones de iniciación y educación que derivaron de una larga tradición de prácticas chamánicas de Europa y el Próximo Oriente. En su estructura y función, los podríamos comparar con un sistema universitario moderno. Imaginad que fueran destruidas todas las clases, bibliotecas, instalaciones educativas y de formación, laboratorios, salas de conferencias, oficinas, etc. de ese sistema. La red colegial de educación superior del mundo clásico fue totalmente erradicada con el ascenso del Cristianismo. Con él se fue la antigua red de las células del Misterio y el método de iniciación chamánica que se practicaba en esas células.



Típico campus de Escuela de Misterios con su templo central, clases, gimnasio, auditorio y estudios. (Reconstrucción del templo griego de Júpiter, c. 350 a. C.)

Sin embargo, sobrevivieron algunas personas que tenían el conocimiento sagrado que conformaba y guiaba a los Misterios. En el preciso momento en que se derrumbaba el Imperio romano, un druida de Gales aconsejó al jefe local que estableciera una milicia para proteger la diáspora de iniciados desde aquellas instituciones antiguas. Los refugiados ya hacía un tiempo que llegaban. Primero abandonaron los santuarios en ruinas en el siglo III y la diáspora continuó unos 200 años. Con el asesinato de Hypatia en el 415 d. C., la crítica situación de los refugiados se intensificó. El año 415 es una fecha umbral que señala el momento preciso de un cambio abrupto y profundo, un giro decisivo.

Las fechas nodales 281 y 453 son también importantes en la historia paralela concerniente a la diáspora de los iniciados de los Misterios. En contraste con una *fecha umbral* como el 415 a. C., que señala un cambio enorme y abrupto, un punto de inflexión, una *fecha nodal* es un momento vórtice en torno al cual se producen desarrollos contrapuntísticos. En el torbellino tumultuoso del momento nodal, se disuelven ciertos acontecimientos y condiciones, formando así nuevos patrones de experiencia. Ocasionalmente aplicaremos el concepto de fechas nodales y cronología nodal mientras seguimos con estas lecciones.

Desconexión feudal

La caballería ilustra de una manera vívida las corrientes disolventes y edificadoras de un momento nodal de la historia. La caballería fue un producto de un nuevo orden cultural, el feudalismo, que surgió en Europa con el colapso del Imperio romano y la restitución de la organización social en niveles locales. Con las invasiones del siglo V, la ley y el orden ya no podían ser mantenidas por las medidas totalitarias procedentes de una autoridad central controladora. Las defensas del Imperio se venían abajo, los hunos y los godos se extendieron por Europa, y los pueblos de cada región se tuvieron que defender ellos solos. Los terratenientes levantaron las armas y contrataron a hombres para defender sus propiedades. La esclavitud romana desapareció y se convirtió en servidumbre. Con la nueva organización militar surgió la idea de la lealtad al señor feudal. El caballero que juraba lealtad hacía un voto para proteger los intereses materiales y familiares de su amo y señor.

En el momento nodal del 453, las antiguas estructuras imperiales de dominio y control se disolvían y tomó forma un nuevo orden social —ésta es la dinámica contrapuntística de la cronología nodal—. La destrucción y la edificación simultánea de patrones sociales y culturales se hizo evidente por todo el antiguo Imperio. En este torbellino turbulento de acontecimientos comenzó la Edad Oscura.

El feudalismo no es un tema especialmente interesante, pero puede pronto ser más relevante si ciertas partes de la “comunidad global” se sumergen en un caos comparable a los últimos años del Imperio romano. (Es fascinante considerar que el “Nuevo Orden Mundial”, que parece destinado a crear un sistema global totalitario, está de hecho conduciendo al mundo a una fragmentación cada vez mayor al estilo del feudalismo. Destroza más que une a la comunidad global. Pero, ¿no puede ser eso precisamente lo que pretende hacer?). La organización de grupos patriotas en los EE.UU. es una tendencia feudal. Las bandas de los guettos urbanos, que son grupos protegidos por la vigilancia de cámaras y batallones de guardias de seguridad, son feudales. Y también lo es la reducción de las poblaciones regionales (en India, por ejemplo) a servidumbre de la industria de las tecnologías de la información. Y, por supuesto, la mayor parte del mundo islámico todavía es innata y rígidamente feudal.

El aspecto del feudalismo que más nos interesa en la historia paralela es la moralidad sexual que surgió en su interior. Puesto que la Edad Oscura en Europa fue el albor de la civilización cristiana en Occidente, las narrativas del pecado y la culpa moldearon profundamente a la sociedad feudal. Una visión de odio y condena del sexo y de la naturaleza marca a la tradición cristiana en Europa. Es un tópico que a los pueblos de la Edad Media se les decía que tenían que creer que la mujer, representada mitológicamente por Eva, era el instrumento del Diablo y que la naturaleza era malvada. Esta afirmación suena tan ridícula que tendemos a ignorarla, pero eso es un gran error. No sería una exageración decir que las costumbres cristianas envenenaron las relaciones humanas en la época feudal y condenaron a todos los instintos espontáneos que conectaban a la humanidad con el mundo natural.

La condena de la naturaleza entendida como algo demoníaco fue algo especialmente nefasto. (Leed la entrada sobre la Edad Oscura en *The Woman's Encyclopedia of Myths and Secrets* de Barbara Walker para tener alguna idea de esta mentalidad). En el sentido de vida pagano, la naturaleza era sagrada y animada. En el capítulo 3 de *No a su imagen*, escribí:

En su veneración por la naturaleza, la perspectiva religiosa pagana honraba y alentaba el vínculo empático de una persona con un lugar, no la posesión de la tierra decretada divinamente. Las montañas, colinas, grutas, pozos, ríos, todos eran sagrados, no porque una doctrina lo declarara, sino porque la experiencia de las gentes nativas de un lugar particular estaba basada en una revelación directa y sensual de la divinidad. La suya era una participación mística en el Otro, libre de filtros intelectuales o doctrinales. El antiguo biorregionalismo, en Europa así como en América, no era una locura supersticiosa, sino un genuino animismo *vivido*. Era un mundo en el que, como el iniciado Plutarco escribió en su

trabajo *El Signo de Sócrates*, “cada vida tiene su porción de mente y no hay ninguna que sea totalmente irracional o sin sentido”

Los paganos participaban en la “complementariedad de la mente y la naturaleza” y el “patrón que conecta”, usando un par de términos de Gregory Bateson. Las conexiones empáticas entre los europeos indígenas y su entorno no fueron destruidas en el acto por la imposición de los valores cristianos, por supuesto. De hecho, hubo una enorme resistencia entre los paganos a la imposición de la mentalidad de odio a la naturaleza. Las políticas de represión introducidas en la época de Hypatia (375 - 415) condujeron a la Inquisición y la caza de brujas mil años después. Los valores cristianos iban tan violentamente en contra de las inclinaciones humanas que tuvieron que imponerlas continua y brutalmente. La eterna guerra cristiana contra la naturaleza finalmente triunfó en la Ilustración, cuando la ciencia desacralizó totalmente al mundo natural. Roszak ha señalado que el cientificismo del siglo XVII es totalmente coherente con los dogmas religiosos que lo precedieron. Todos los pioneros de la Ilustración, como Descartes y Newton, fueron cristianos devotos.

El ecofeminismo afirma que la visión de la naturaleza y el tratamiento social de las mujeres siempre están interconectados. En la Edad Media, se consideraba a las mujeres, por un lado, como una propiedad y, por otro lado, animales peligrosos a los que había que temer, confinar y controlar. La imagen de la mujer de la época feudal es un cliché, pero no enteramente incorrecto. Los cinturones de castidad eran algo más que iconos simbólicos de la época. Nos dicen que a las mujeres se les colocaban estos aparatos cuando sus esposos marchaban a las Cruzadas. Esto ocurrió por supuesto bastante bien entrada la Edad Media. Las Cruzadas aparecieron en torno a un momento nodal: 1202. En los siglos precedentes, el confinamiento de las mujeres no había sido tan extremo, pero se hizo cada vez más brutal y riguroso con el avance del poder del Cristianismo.



La oposición de la sexualidad a la espiritualidad es una anomalía de la religión judeo-cristiana-islámica que no se ve en otras culturas y orientaciones espirituales (*La tentación de San Hilarión*, D.L. Papety, 1843. Wallace Collection, Londres)

De hecho, en la Edad Oscura todo tuvo que ver con la *clausura*. La clausura feudal era evidente en todos los aspectos de la vida de aquella época, pero especialmente en las costumbres sexuales. El estilo de vida amoroso y hedonista de la Europa pagana fue literalmente “embargado”, como sucede cuando se reclama una propiedad. El Cristianismo se apoderó de la femineidad como si se tratara de una propiedad material, pero hizo de las mujeres la propiedad menos valorada del orden

mundano regido por la Iglesia. Esta toma de posesión de lo femenino fue consecuencia de la represión de la Visión sofíánica de los Misterios y la sistemática destrucción de la civilización pagana.

La sexualidad femenina fue el principal objetivo de la clausura feudal. Pero también fue el ámbito que valerosamente alentó al espíritu pagano y de donde se extrajeron los profundos recursos internos para oponerse a la represión de la religión salvacionista.

Amor no correspondido

La caballería surgió durante el desmoronamiento de los sistemas de mando y control del Imperio romano, como se ha señalado. El incipiente momento nodal fue el año 453 d. C. (segunda mitad del siglo V, Arturo el jefe guerrero, la formación de la “Mesa Redonda”) y el momento nodal final fue 1456 (Malory, *La muerte de Arturo*) –exactamente casi un milenio–. Durante estos diez siglos, Europa vio el desarrollo del código de la caballería y, en siglos posteriores, emergió la tecnología de la guerra. Con la invención de las armas de fuego en el siglo XV terminó el reinado de la caballería. La primera arma de hierro fundido se introdujo en 1430 y Malory escribió su clásico en torno al 1470. (Los desarrollos clave asociados con un momento nodal pueden ocurrir precisamente en ese momento, pero es más frecuente que sucedan en torno a esa fecha, al modo con que se extienden las ondas cuando lanzas una piedra a un estanque).

Lo que es realmente destacable sobre la caballería es cómo proporcionó un vehículo para una revolución de las costumbres sexuales, al tiempo que servía a sus fines militares. Pero sus fines no fueron exclusivamente militares, por supuesto. Sabemos de la Lección 6 que la Mesa Redonda tenía, aparte de sus funciones militares, una misión *espiritual*: proteger a los supervivientes de los Misterios, los guardianes de la Luz Sagrada. El tema artúrico revela la continuación de los Misterios y, al mismo tiempo, refleja la cultura del amor cortés: amour courtois.

Así, en la Lección 7 de este curso llegamos a una gran triangulación fascinante: Grial - Guerrero - Mujer. Esta correlación implica la identificación mística del Grial y la Chica. En el culto del amor, el guerrero-amante se movía entre el encanto de la luz de la Sabiduría que emanaba del Grial y el resplandor seductor de la Mujer. En la historia paralela, la preservación de la Luz Sagrada estuvo íntimamente vinculada a la experiencia del Amor Sagrado, la pasión consagrada que une al hombre y a la mujer en un vínculo que trasciende la muerte.

El amor cortés ha sido elogiado como un cambio revolucionario y revelador en las costumbres sociales sin precedentes en la historia, pero el elogio a menudo viene tintado de condena. El libro más completo sobre el tema, *El amor y occidente* de Denis de Rougemont, constantemente recalca el carácter negativo del “amor no correspondido”. De Rougemont lo da todo para demostrar que la devoción de un caballero por su dama, o de *troubadour* (juglar errante) a *chatelaine* (dama del castillo), no se consumaba y no podía consumarse en este mundo, *porque representaba una relación trascendente que solo se podía lograr con la muerte*, es decir, en la incorporeidad.

Pero de Rougemont se equivocó como ahora deseo demostrar.

Para aclarar este asunto, ofrecería una corrección inicial que concierne al “amor no correspondido”. Sugiero que se puede entender, no como un amor que no es correspondido y así permanece trágicamente sin reciprocidad (el planteamiento de de Rougemont), sino como el amor que *no pide ser correspondido*. El amor que *no necesita* ser devuelto. ¿Qué tipo de amor ni pide ni necesita ser correspondido? ¿No se podría llamar amor autorrealizador? Es el tipo de amor que *transforma a aquel que ama*, con independencia de cómo afecta al amado. Si la transformación del amante fuera la verdadera dinámica del “amor no correspondido”, en lugar de la no-reciprocidad que a menudo se propone, entonces debe haber una fuerza trascendente de un poder inmenso en la sociedad y la vida espiritual. Un poder puramente secular, íntimo y trascendente, personal y

transpersonal a la vez. Toda la evidencia de la revolución de las costumbres sexuales de la Edad Media indica que esto es así.

En la historia paralela es *esta* fuerza transformadora, el Amor Sagrado, la que humaniza al mundo europeo en la Edad Media, no la represiva moralidad salvacionista que el cristianismo impuso en el mundo. La represión no puede elevar; pervierte lo que iba a mejorar. La sublimación no puede transformar, meramente sustituye una experiencia menos genuina por una más genuina. Desde la época de San Pablo, la religión cristiana demandó la separación de la sexualidad y la espiritualidad para la salvación del alma, pero el amor cortés desafió e invirtió este tabú. En el amor no correspondido –sin excluir el abrazo sexual cara a cara, como veremos– la humanidad en Occidente *adquirió* alma. El amor cortés fue la alquimia de la construcción del alma. La mirada apasionada (o incluso la ojeada) y el abrazo carnal fomentaban la intimidad y nutrían las fuentes auténticas de la *humanitas*. Sostengo que, en todo caso, lo que se le ha atribuido a la tradición de la religión cristiana por medio de la elevación y el refinamiento del espíritu humano realmente se consiguió mediante la experiencia del Amor Sagrado en la Edad Media. El culto al amor fue la raíz oculta del humanismo del Renacimiento. El modelo inspirador para el Amor Sagrado se desarrolló en el mismo género social que la Leyenda del Grial: el mundo artúrico de los caballeros, con brillantes armaduras y damiselas en peligro, y el cercano mundo de los trovadores, juglares y cuenteros.

El Amor Sagrado finalmente dio lugar al espíritu humanista en Europa, pero el fenómeno en sí mismo no se originó en el escenario europeo medieval. El culto al amor, que floreció en el mundo de los trovadores y la Mesa Redonda, se originó en la lejana Asia. Sus raíces fueron orientales y, en última instancia, tántricas. La inmensa y sutil transmigración cultural y espiritual, necesaria para que el sacramento del amor asiático pasara del Este al Oeste, es uno de los capítulos más apasionantes de la historia paralela.

La conexión sufi

Ningún erudito hasta ahora ha rastreado esta extensa hazaña de transmigración. A pesar de su frustrante tono negativo, el libro de Rougemont presentó algunas pistas provisionales. Sin embargo, ésta es una noción desconcertante. Su esencia parece encontrarse pronto en la temprana cultura morisca de la Edad Media en España, cuando surgieron los primeros trovadores como una rama secular de misticismo contemplativo centrado en “la Amada”, es decir, la Femeidad Divina. Este desconocido desarrollo se deriva de alguna manera del movimiento sufi, un aspecto hereje o clandestino del Islam. Es más que probable que *Sufi* sea una versión griega de *Sophia*. El Sufismo, entonces, sería (o habría sido en su origen) un camino devoto o bhakti centrado en la figura de la Divina Sophia.

Esto es intrigante, por supuesto, porque la Diosa Sophia es la figura central de los Misterios occidentales. ¿Existió entonces algo así como una colisión fortuita del devocionismo oriental-árabe centrado en Sophia con la tradición teléstica de los Misterios sofíánicos que se habían refugiado en las islas occidentales? En cualquier caso, el escenario del enlace fue la España morisca, en particular Andalucía. La época fue el siglo VII. Hasta aquí se sabe, queda por ver cómo tomó forma esta maravillosa convergencia.

Huelga decir que es bastante difícil imaginar un resurgimiento de la Divina Sophia saliendo del Islam. Si esto es lo que sucedió en realidad, ningún erudito puede decir exactamente cómo ocurrió. Parece que una práctica árabe de contemplación dichosa de “la Amada” (interpretad: Femeidad Divina, Sabiduría Divina, Sophia) se transformó en un culto de adoración a la mujer en el sur de Francia. De Rougemont estableció la noción de que la teofanía sufi permanece tras el culto al amor en el que los trovadores prodigaban extravagantes elogios a una mujer a quien no podían tocar, y muchos han seguido su ejemplo.

Pero esta teoría tiene muchas vueltas.

En primer lugar, el misticismo sexual árabe era en gran parte, si no enteramente, homosexual. En teoría, el místico podía haber contemplado a una joven mujer virginal que representaba a la Divina Sophia, pero en la práctica eran muchachos imberbes los que atraían la atención de los adeptos. En *Sacred Drift*, Peter Lamborn Wilson explica la esotérica práctica espiritual llamada el “Juego del Testigo” (Witness Game), que usaba un “yoga imaginal” para transmutar el deseo erótico en conciencia espiritual” (p. 61, cursiva del autor). El tema es que el deseo físico no es negado o dominado, sino transmutado, como el plomo en oro. La práctica incluía “improvisación poética y musical, danza y observar” castamente a chicos guapos (por ello la práctica también fue conocida como “Contemplación de los Imberbes”- Contemplation of the Beardless”).

Todos estos elementos aparecen en el romance de trovador o caballeresco, pero estrictamente liberado de connotaciones homosexuales. Los trovadores fueron maestros de la improvisación poética y musical, e incluso tomaron prestadas las formas musicales árabes (mucho después preservadas en los riffs flamencos). El motivo de la mirada (que Loomis demuestra que deriva de las costumbres celtas) aparece de manera prominente en Parsifal, cuando el héroe ve tres gotas de sangre en la nieve y entra en trance contemplando el color del cutis de su amada. En algunos casos, la mirada es meramente una ojeada, siendo el caso más famoso el encuentro de Petrarca con Laura. Para Dante, la mirada de Beatriz se convierte en un rayo guía que lo lleva a las alturas espirituales. En la poesía de John Donne, la mirada en la que los amantes “están ensartados” asume toda la potencia de una relación sexual carnal. El poema de Donne “Éxtasis” es la consumación de una larga tradición de miradas amorosas que se remonta desde Parsifal a sus arcaicos orígenes celtas.



Si nos basamos en la conexión sufi, podría parecer que la mirada del trovador deriva del Juego del Testigo. Pero Wilson señala explícitamente que “el Principio Feminista” es notoriamente difícil de localizar en el Islam” (p. 71) —yo añadiría, incluso en el Islam esotérico y clandestino del Sufismo—. “A través de la visión esencialmente masculina que permea en el Corán... se ve a las mujeres como ellas mismas con almas individuales, pero como propiedad virtual de los hombres”. Además, “aunque se encuentran todo tipo de pistas y ecos del Anima”, por ejemplo, en “el culto al *Buraq*, el culto al Amado en la poesía persa”, Wilson concluye que en el Islam “simplemente se reprimía a las mujeres”, ahora como entonces (p. 71).

En el amour courtois, las mujeres no solo *no* eran reprimidas, sino que fueron la inspiración para la liberación de los hombres “acorazados” que las adoraban. No existe nada comparable en la tradición judeo-cristiana-islámica, exceptuando quizás la *Canción de Salomón*. Se trata de un salmo de amor sagrado, quizás inspirado por la Reina de Saba, que es una representación de la Femeidad Divina en el misticismo árabe. (*The Queen of Sheba from Bellifortis*, de Conrad Meyer, Bohemia, c. 1405). Puede que existan algunas grandes historias de amor en el folclore árabe, pero en su conjunto el Islam no permite el concepto del amor romántico con una dimensión religiosa de tal manera que pudiera convertirse en una religión por su propio derecho.

Evidentemente, hay algo turbio en la conexión sufi que la hace profundamente incompatible con el modelo de amor caballeresco heterosexual.

Ambigüedades místico-eróticas

La homosexualidad es un delito capital en el Islam, pero este hecho no hace más que intensificar su atractivo erótico, observa Wilson. ¿Cómo darle una explicación al elemento homo-erótico que hay en la tradición mística árabe? Todo el mundo sabe que los árabes preservaron la ciencia griega durante la Edad Media. Bien puede ser que ellos también heredaran la tradición griega de la homosexualidad pedagógica, el culto a los jóvenes bellos e inteligentes. Hasta donde yo sé, ningún

erudito hasta ahora ha sugerido esta conexión, pero el incomparable estudio de R. K. Dover, *Homosexualidad griega*, la defiende. Dover demostró que el *erastes*, el joven guapo querido por el hombre mayor, no representaba solo el encanto de la pureza sexual sino un prístino ideal intelectual. (La atracción era alcanzable, pero no siempre se afirmaba, explica Dover. Incluso cuando se hacía explícita, la costumbre requería que la relación sexual fuera “intercrujal”, entre los muslos). La atmósfera, estética y la ética de la homosexualidad clásica griega encajan en el Juego del Testigo de manera bastante nítida, diría yo.

Así mismo, tenemos que tener en cuenta la lección recientemente ilustrada en la vida de T. E. Lawrence, esto es, que el Islam es una sociedad feudal de guerreros masculinos. Y siempre lo ha sido. La fecha de la Hejira, el momento de fundación del Islam, es el 622 d. C. Es un momento nodal, pero no solamente por el ascenso de la religión combativa. También es la época del primer romance caballeresco, *Antar*, escrito en Andalucía en la primera mitad del s. VII, según Reni Nelli, el académico de literatura occitana. El idealismo feminista de la caballería surgió de manera simultánea al Islam, pero no aconsejo que consideremos a estos dos fenómenos como gemelos en ningún sentido.

Wilson dice que el Juego del Testigo “se perfeccionó en los siglos posteriores a la muerte de Ibn ‘Arabi” (p. 61), hecho que lo coloca en el siglo XIII. La fecha nodal de 1136 d. C., citada por de Rougemont y otros, señala el florecimiento inicial de la poesía trovadoresca con Guillermo de Poitiers, abuelo de Leonor de Aquitania. Ibn ‘Arabi nació una generación después y se desarrolló en la época en que Wolfram von Eschenbach escribía *Parsifal* y Gottfried de Estrasburgo escribía *Tristán*. De todos los místicos iraníes, árabes, persas y sufíes, Ibn ‘Arabi se acercó más a la teología del amor romántico celebrada en Occidente. Su devoción mística por las mujeres comenzó en Kaaba en La Meca, donde dominaban los valores patriarcales y masculinos, huelga decir. Pero para los persas hambrientos de amor todo lo que importaba era la mirada de una joven que rondaba el templo. Cuando publicó *El intérprete de los deseos*, un libro de poemas que celebra su amor no correspondido por esta dama desconocida, los mulás gritaron blasfemia. El poeta inmediatamente huyó a Siria (que siempre fue un reducto de reaccionarios gnósticos y sofíánicos, por cierto), donde “defendió sus ambigüedades místico-eróticas con un deslumbrante escolasticismo” (Wilson). Todo esto sucedió en el oriente Próximo mientras la literatura caballeresca florecía en Francia. El culto hereje al amor estaba en su cumbre.

Los problemas de Ibn ‘Arabi con la herejía se prologaron durante décadas. Las autoridades de Egipto prohibieron sus escritos. Los eruditos y los místicos del Sufismo ortodoxo lo culparon de arruinar su tradición. ¡Fue un hereje incluso para los herejes! Wilson resume el mensaje blasfemo de Ibn ‘Arabi:

Se declara al amor equivalente, o quizás incluso superior, a la religión; el humano amado se convierte en Testigo (*shahed*), una teofanía de lo Real. De nuevo, los poetas recibieron de Ibn ‘Arabi un discurso con el que expandir su entendimiento de un complejo que ya era central a su propio ser: *eros*, el deseo y la zona fronteriza entre la conciencia erótica y mística.

Los mismos elementos aparecían en la poesía trovadoresca y el código caballeresco, y se vivían notablemente en las costumbres sexuales y sociales de los ejemplares de la vida real de la leyenda artúrica. Gottfried de Estrasburgo apenas escapó a los ejecutores católicos por comparar la pasión de Tristán e Isolda con el sacramento de la Santa Misa. (Pasó a la clandestinidad y dejó que terminara su historia a otro poeta, Tomás de Inglaterra). *La idea de que el amor personal y carnal es una fuerza religiosa superior a cualquier religión es la mayor herejía del planeta, por no mencionar el desafío definitivo a la Mentira Paternal*. Si podemos comprender mediante el amor personal todas las seguridades, que solo la fe religiosa nos puede ofrecer (así afirman sus seguidores), ¿para qué serviría la religión y todo lo que se le asocia? Si la religión del amor tiene un poder trascendental superior a lo que encontramos en las doctrinas e instituciones religiosas, ¿por qué alguien se molestaría en defender esas doctrinas e



instituciones? Con el amor humano como sacramento divino, ¿quién necesita una enorme jerarquía para llevar a cabo la Santa Misa?

Para que el amor humano asegure una dimensión religiosa, las transacciones de poder entre los sexos tendrían que ser totalmente renegociadas. En el código de los caballeros artúricos, el guerrero iba al torneo o a la batalla después de pedir que su amada fuera testigo de su acto y, con esto, legitimaba e incluso consagraba su violento uso de la fuerza para demostrar su valor moral. Sus acciones solo eran reales si las contemplaba su Testigo. Ésta es la razón por la que el caballero a menudo miraba a la galería de espectadores para asegurarse de que su dama lo contemplaba, cuando se dirigía a la justa. (Dama entregando

una lanza al caballero. Codex Manesse, ilustración a color en pergamino, Zurich, c. 1310. Biblioteca de la universidad, Heideberg).

Al mismo tiempo, la mujer actuaba como el agente empoderador del guerrero –este motivo aparece por primera vez en *Antar*, según Reni Nelli en *L'Erotique des Troubadours*–. Ella además era el objeto de anhelo místico-erótico del caballero y, en algunas ocasiones, la fuente de su satisfacción carnal. Los caballeros artúricos como Gawain tradicionalmente iban a la lucha con alguna prenda de la Dama unida a su armadura. Un pañuelo de su “atuendo”, nos cuenta el texto medieval a menudo. Yo creo que es más probable que pudiera ser un accesorio bastante más íntimo del armario de la Dama.

La moralidad sexual de la Edad Media se materializaba en la zona movida por la batalla entre el yermo del cinturón de castidad y las maravillas de las bragas mojadas.

Canción del alba

La “moralidad convencional” podría sentirse como una simple máscara de la histeria sexual –una carga que ningún humano merece soportar–. La “libertad sexual” dentro de la ética del amor tendría que ser vista entonces como un don concedido por lo verdaderamente amado a todos los verdaderos amantes.

Peter Lamborn Wilson, *Sacred Drift*

Introduciendo el tema del “amor no correspondido”, propongo una nueva interpretación a la visión extensamente mantenida de que representaba a la obsesión sexual-mística masculina con una mujer inalcanzable. No podía estar más lejos de la verdad, y la poesía trovadoresca confirma mi interpretación mucho mejor que confirma la visión convencional.

El amor que no busca correspondencia se satisface a sí mismo. Transforma a la persona que ama con independencia de sus resultados para la persona amada. Tal es el poder del Amado, que es el destinatario, así como las lentes que reflejan el poder transformador propio del amor. Esta transacción tiene que ser profundamente personal para que pueda llevar a los participantes más allá de la personalidad. Se ha afirmado que en la teofanía sufi del Amado, la mujer individual era meramente una lente para la Divinidad. Pero sin duda esto no es así en el amor cortés. En esta ponencia de 1967, “The Mythology of Love”, Joseph Campbell indicó la diferencia:

En los variados contextos del misticismo erótico oriental, ya sea en el Próximo Oriente como en India, se interpreta místicamente que la mujer es la ocasión que tiene el amante de experimentar las profundidades que hay más allá de los confines de la iluminación trascendental –de manera muy similar a cómo Dante apreciaba a Beatriz–. Esto no sucedía con los trovadores. Lo amado para ellos era una mujer, no la manifestación de algún principio divino, y especialmente *esa* mujer. El amor era hacia *ella*.

Si, en algún caso, la devoción a *esa* mujer en particular no se llegaba a consumir sexualmente, la dinámica transformadora del amor no correspondido todavía era válida. El amante no pedía que su

amor fuera correspondido mediante favores íntimos. Pero cuando se consumaba la pasión del amante, la dinámica, se implementaba de otra manera. El amor no correspondido no reivindicaba la relación sexual carnal, pero tampoco la negaba ni excluía. Esto es lo que significaba la “libertad sexual” para algunas personas en la Edad Media.

Ahora, alguien podría quejarse de que estoy haciendo del amor cortés lo que yo quiero que sea independientemente de las evidencias. El hecho es que muchos poemas trovadorescos insisten en que el poeta no obtiene los favores íntimos de su dama. Ella pertenece a otro. Ni siquiera puede tocarla con un palo de diez pies. Parece que los trovadores se lamentan y celebran a la vez la inaccesibilidad de su supremo objeto de deseo. Una y otra vez, el poeta nos dice que la Dama a la que celebran y adoran es inaccesible. *L'amour de loitain*, el amor a distancia, es la marca reconocida de la poesía trovadoresca.

Los eruditos han confiado en la palabra de los poetas, pero yo pienso que se han burlado de los eruditos, como se burlaron de la gente en las cortes donde los trovadores cantaban. El sentido de cantar alabanzas a una dama inalcanzable era hacer creer a su marido y a sus cortesanos que ella no le había dado al poeta exactamente lo que él lamenta no haber obtenido de ella. Era la forma obvia de proteger la ilícita pasión extramarital que celebraba el amor cortés. No había nada etéreo o no consumado en el romance trovadoresco, aunque había que disfrazar el encuentro sexual. En resumen, los bardos fingían.

Aún así, esta táctica no fue necesaria al principio. La lírica trovadoresca más temprana que se conserva, atribuida a Guillermo IX de Poitiers en torno al 1136, transmite el ethos del vestuario masculino. El impulso sexual es puro y manifiesto, y el poeta consigue exactamente lo que estaba buscando. Luego se va a por más a otro lugar. La famosa exposición de Guillermo del *lois de con* –no voy a traducir, este ensayo ya es probablemente demasiado espinoso para algunos gustos– reflejaba los apetitos sexuales del *machismo* medieval embriagado de variedad y conquista. El refinamiento aparece solo en los poetas más tardíos, cuando el genuino sentimiento religioso hacia el sexo entra en juego.

Sin embargo, el amor cortés nunca perdió su corte erótico. El *alba*, o poema del amanecer, es una de las formas más bellas de la lírica trovadoresca. Celebra el momento en el que el poeta debe partir de su amada en secreto para que no se sospeche de su unión nocturna. Seguramente, esta precaución no tendría sentido si ellos no hubieran tenido una intimación sexual. Algunos poemas celebran abiertamente la belleza del cuerpo desnudo de la mujer en la luz del alba. La suave luminosidad de la forma adorada exuda resplandor místico como si estuviera entretejido en un brillo sobrenatural. Ezra Pound, que tradujo muchos poemas trovadorescos, se dio cuenta de que “la ‘Dama’ de la poesía de la Toscana había asumido todas las propiedades de la Piedra Filosofal” (*The Spirit of Romance*, p. 90). En el culto del amor se miraba el cuerpo de la dama con el mismo asombro con el que se miraba al Grial. De alguna manera, y no solo metafóricamente, la forma carnal de la mujer era una epifanía de la Luz Sagrada.

En algunos momentos, en algunos tonos, la Chica y el Grial eran uno.

* * * * *

Para los trovadores y los caballeros artúricos igualmente, *una mujer en particular* siempre era la catalizadora de la experiencia de la Femenidad Divina, pero siendo esto así esa mujer no solo era la lente de una teofanía. No era solamente un medio para conseguir un fin. *El amor por ella era un fin en sí mismo*. Era, si no el equivalente, seguramente el complemento perfecto para el amor espiritual por Sophia, cuyo nombre es Sabiduría, cuyo cuerpo es la Tierra.

De alguna manera sutil, que se descubrió en la Edad Media y que todavía estamos en proceso de explorar, el amor por la belleza física de la Tierra se mezclaba con el amor que se puede sentir en la intimidad carnal. Los tántricos en Asia afirman que la Divinidad de la Naturaleza, Shakti, se manifiesta espontáneamente en el abrazo sexual. El culto al amor parece haber sido una herencia y

profundización de la experiencia tántrica asiática, en lugar de una modificación de la teofanía sufi. Sin embargo, puede que se haya pasado a través de la conexión sufi del Este al Oeste. Mediante una sorprendente transposición, la mística tántrica de Asia insemínó a la religión del amor romántico de Occidente. En un giro de la historia, incluso más sorprendente, esta religión hereje se nutrió del culto del guerrero, el caballero artúrico.

En Amor Sagrado, Luz Sagrada encontró su terreno de reflejo. De alguna manera, la Luz Orgánica de los Misterios jugó en torno a la figura de la Dama e irradió de su aura física. Este aura de luminosidad carnal es verdaderamente misteriosa y puede que no se pueda explicar completamente en lenguaje escrito porque pertenece a la dimensión indescriptible e inviolable de la revelación sofíánica.

jll: mayo-junio, Flandes-Andalucía

Usted es libre de:

- copiar y distribuir el material en cualquier medio o formato
- hacer obras derivadas

Bajo las condiciones siguientes:

Reconocimiento — debe dar crédito adecuado, proporcionar un enlace a la licencia e indicar si se realizaron cambios. Usted puede hacerlo de cualquier manera razonable, pero de ninguna manera que sugiera que el licenciadador lo respalda a usted o apoya el uso que hace de su obra.

No comercial — usted no puede utilizar el material para fines comerciales.

Compartir bajo la misma licencia — si usted altera o transforma esta obra, o genera una obra derivada de ésta, deben distribuir la obra generada bajo la misma licencia que la original.

[Licencia Creative Commons 4.0](#)

Equipo de traducción:

◆ *Rocío Gómez*

◆ *Javier Martínez*

